

sulte la fuente original, esto es, que quien se lee a Shakespeare en español va a querer leérselo en inglés. Y esto se da por obvias razones, de ellas la más destacada: por el hecho de que quien lee en un idioma no necesariamente sabe leer en el otro. Para el caso que nos ocupa, esto significa que aquellos que lean la versión paísa de las aventuras del “caballero de la triste figura” no necesariamente van a saber leer la versión original.

Pese a esta última observación (un poco agria, si se quiere) el libro es bastante divertido. Una vez desechados los lentes de la ortodoxia (tan cansona a veces, vos) es posible deleitarse con el arduo trabajo (que estoy segura implicó para estos dos filólogos) hacer esta versión paísa de El Quijote. Palabras como berriondo, chamba, manga, menco, entre otras cerca de quinientas, tan propias del acervo lingüístico paísa, pueden ser el deleite de los lectores. Así mismo, los dichos propios de una cultura tan criticada y elogiada en los últimos tiempos, también están para engrandecer nuestra lengua colombiana, tan rica en eufemismos, hipérboles, metáforas, sentencias y demás yerbas. “El que guarda comidas guarda pesares”, le dice don Quijote a Sancho. El que guarda lecturas guarda lectores, se podría decir también, y en ese sentido resulta recomendable darse un paseo por el sabroso mundo de don Quijote cabalgando al anca del rucio conducido por Argos y Jorge Franco.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

¿Está okey el español?

Encuentro internacional sobre el español de América. Presencia y destino. El español de América hacia el siglo XXI. Tomo II

Varios autores

Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1992, 258 págs.

El año 1992 fue propicio para reflexionar acerca de todos los temas del Nuevo Mundo. Alrededor de la lengua —el español de América— giró un encuentro internacional organizado conjuntamente por la Academia de la Lengua, el Instituto

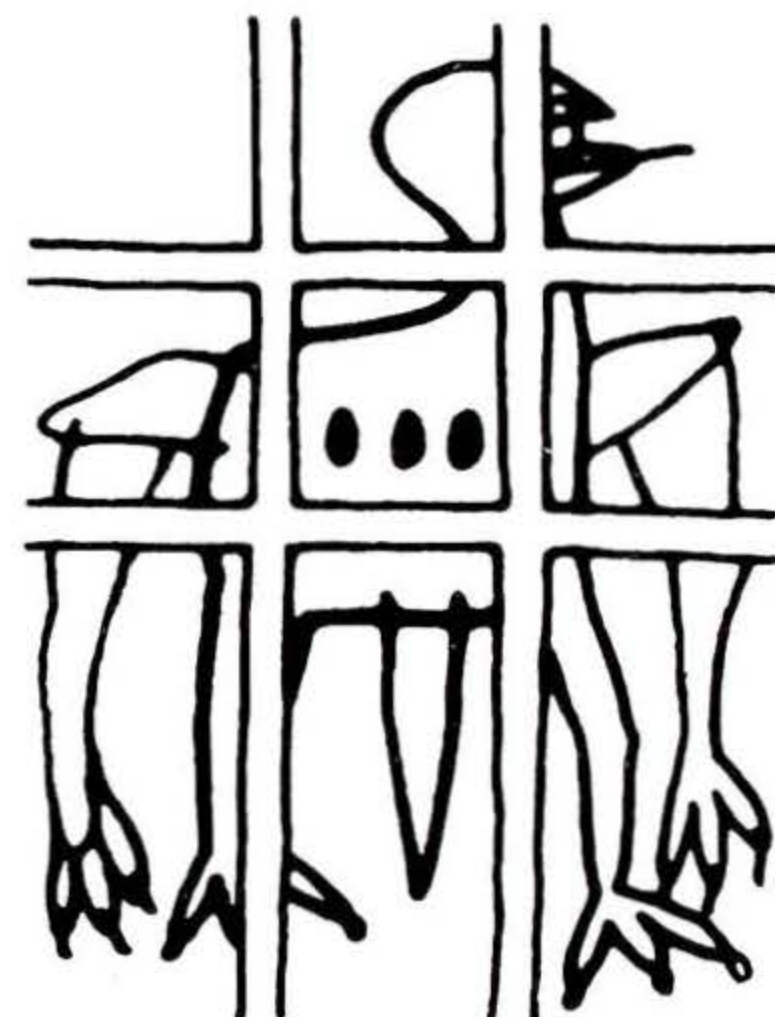
Caro y Cuervo y la Fundación Santillana para Iberoamérica. El objetivo de la reunión puede plantearse como pregunta: “¿Se considera la lengua como elemento constitutivo de la nacionalidad y como medio de integración del mundo hispanoamericano?” (pág. 173). Las distintas ponencias de este segundo tomo publicado por el Instituto Caro y Cuervo tratan de dar respuesta, cada una a su manera.

Una de las ponencias —la de Rafael Alvarado— correspondió a los problemas que plantea el avance de la ciencia y de la técnica frente a los diccionarios académicos. ¿Qué tanto se puede mantener la unidad de la lengua con la afluencia, cada vez mayor, de tecnicismos? ¿Y qué pensar de que se imponga un lenguaje científico extranjero con los descubrimientos alemanes, franceses y sobre todo estadounidenses? Es evidente que un diccionario general no puede recoger todos los términos técnicos pero de hecho necesita incorporar algunos, señala Alvarado. La tarea, aunque un poco difícil, “no es rebasar la tecnología, sino tratar de asimilar al español y al diccionario académico los términos más difundidos, mediante una selección y definición adecuadas” (pág. 15).

El peruano Luis Jaime Cisneros examina la lengua desde su experiencia nacional. Para él la “lengua ha terminado por convertirse en grave obstáculo para la ‘realización’ del individuo y para la consolidación de una real comunidad nacional, con lo que evidentemente conspira en el proceso de organizar una verdadera democracia” (pág. 26). La cuestión que Cisneros examina en su ponencia es la de la lengua como medio subversivo. El grupo guerrillero Sendero Luminoso tiene dentro de sus filas universitarios y personas que trabajan en los campos de las ciencias sociales y la lingüística. El autor muestra cómo Sendero Luminoso asume un “sistema: desde el texto, una forma real de llegar al campesino y al indígena mostrándole la palabra adecuada a su condición, mientras que los textos escolares oficiales, redactados por pedagogos y no por agitadores sociales, hablan de una realidad colmada de héroes, patria, familia, etc.

Sobre el aporte negroafricano al léxico de Colombia versa la ponencia de Nicolás del Castillo Mathieu. Los africanismos se hallan extendidos en las costas caribe y pacífica de Colombia. La palabra macondo, por ejemplo, tan famo-

sa ya en la literatura, se relaciona, según Germán de Granda, con la voz congocubana makondo, que significa ‘plátano’. Por otro lado se conoce la versión del consejero de Lisboa, “culto y penetrante viajero, que registró la voz en las cercanías del Canal del Dique, en 1853”: “Allí también abunda el exuberante e inútil macondo, árbol majestuoso cuyo tronco tiene de seis a ocho palmos de diámetro y cuya frondosa copa se eleva a la altura de los más elevados de los bosques americanos” (pág. 71). “Humboldt también encontró macondos en las cercanías de Turbaco, cincuenta años antes”. El trabajo estudia los aportes africanos al léxico colombiano, teniendo en cuenta las investigaciones y artículos sobre el tema.



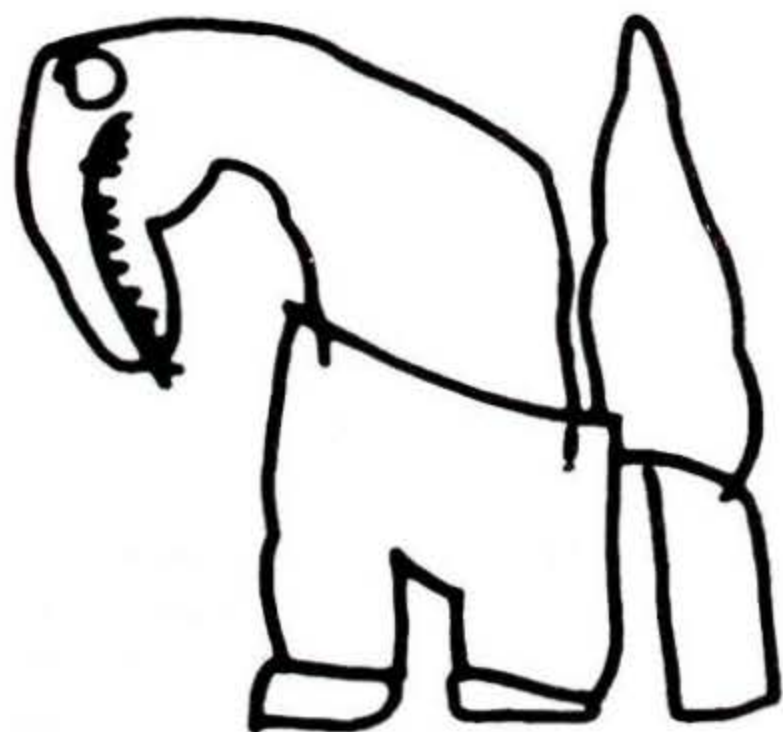
Un asunto que interesa en el campo de la información y las comunicaciones, lo analiza José María Desantes: el lenguaje entre comunicador y comunicado. Antes que la imagen, la palabra es algo básico en la comunicación. Por eso su ponencia se fundamenta en las “posiciones que se plantean —o se deben plantear— al informador cuando piensa en la palabra a través del prisma de la comunicación (pág. 104). ¿Se puede hablar de una verdadera comunicación considerando el papel de los informantes y de los medios? Desantes manifiesta que no, y lo sustenta con tres razones. Primera: la prisa que caracteriza al trabajo informativo: “La redacción de la noticia ha de hacerse a marchas forzadas, improvisadamente y sin apenas posibilidad de corrección” (pág. 114). Segunda: debido a la limitación del espacio y tiempo la verdad no se

difunde sino parcialmente. Tercera: el informador "no es el creador del mensaje sino su adaptador al medio" (pág. 114). El mensaje llega por vías técnicas que transmiten el texto abreviado o incorrecto. La paradoja, dice el autor, "consiste en que cuando hay más medios de comunicación, se produce un flujo comunicativo inferior en calidad y no siempre superior en cantidad". La solución a estos problemas es una utopía para el siglo XXI, como señala Desantes. Afirma, sin embargo, que se puede construir un lenguaje comunicativo, así como existe uno científico y uno literario.

Acerca del tema central del libro, el español de América hacia el siglo XXI, Rodríguez Castelo habla, en una breve exposición, de dos movimientos en los que "vive tensa nuestra lengua" (pág. 143), uno centrípeto, otro centrífugo. De dispersión y fragmentación el primero; de concentración y unificación, el segundo. La fragmentación del español se debe a fenómenos como la televisión y su inmediata consecuencia: el empobrecimiento del lenguaje. Con un léxico tan pobre como el de las telenovelas, ¿qué tanto puede enriquecer su idioma un hispanoamericano medio? La solución, dice el autor, está en la educación.

¿Hacia qué dirección va, finalmente, el español? ¿Se convertirá simplemente en un código de comunicación, en un modo de expresión masificada? La conciencia de los problemas que enfrenta el español no debe ser tarea única de quienes se reúnen a discutir el gran tema.

SILVIA M. CRISTANCHO B.



¿Mansa reproducción de objetos llamativos?

El bodegón en Colombia

Eduardo Serrano

Museo de Arte Moderno de Bogotá y Ediciones Alfred Wild, Cali, 1992, 238 págs.

Para apreciar la historia del bodegón en Colombia era indispensable contar con un investigador que fuera capaz de realizar un minucioso trabajo de localización y estudio de un amplio material desperdigado a todo lo largo y ancho de nuestra geografía, con el firme propósito de dotar a los cuadros escogidos con una valiosa valoración histórica y estética. Sin las prevenciones o exageraciones historiográficas con las cuales hasta el momento se había enfocado el tema, *El bodegón en Colombia* va mostrando la evolución de este género en nuestras tierras a partir de siete capítulos que corresponden a determinados momentos históricos bien definidos, contando para su apreciación con valiosos testimonios de la época, donde se analizan las técnicas empleadas y, a su vez, se señalan los puntos de contacto que estas obras tienen con movimientos o tendencias del momento.

Separándolo de otros temas, como podrían ser el retrato o el paisaje, el que se refiere específicamente al bodegón ha sido con frecuencia tratado desde una óptica obtusa, regida por las leyes de la condescendencia, como si éste fuera una consecuencia natural de la educación femenina, minimizando cualquier posibilidad de trascendencia artística y aumentando, por otra parte, la cortesía de los caballeros.

Por lo tanto, le ha tocado a Eduardo Serrano suplir estas arraigadas prevenciones sociales para acometer una seria labor histórica y analítica, colocando al bodegón en el lugar que se merece, fuera ya de las clasificaciones superficiales y vagamente peyorativas con las que siempre se le ha tratado, sean éstas las que lo señalan como una mansa reproducción de objetos llamativos, o aquellas que lo catalogan bajo el rótulo despectivo de ejercicio pictórico. "La consideración de asociar los bodegones con las mujeres trajo consigo un retraso y, también una clasificación sesgada de sus trabajos", afirma el autor.

A los ambiciosos proyectos de recopilación y análisis del arte nacional, regidos tanto por criterios faraónicos como por apresuradas calificaciones que redundan en una inmediata valoración comercial, se le opone este singular libro que abre un nuevo campo de estudio y, a la vez, construye con solidez la evolución del bodegón en nuestro país.

Ha sido Eduardo Serrano muy cuidadoso en acompañar las descripciones de los cuadros con testimonios de la época escritos en los medios impresos, con lo cual establece un interesante paralelismo entre la pintura y la literatura, lo que permite al lector aproximarse con fidelidad al gusto predominante del momento.

El autor, quien fue curador del Museo de Arte Moderno de Bogotá y es una de las máximas autoridades en el arte colombiano, sabe detener su propio hilo argumental para dar cabida a las apreciaciones de los críticos del momento, que si bien en algunos casos son dictadas por el arrebató lírico —sobre todo las del siglo pasado y principios de éste—, nos permiten constatar la importancia que produjeron en el instante de su aparición y el particular trato recibido por parte de los interesados.

Para erradicar de una vez por todas la arraigada creencia según la cual el bodegón es una manifestación lateral dentro de la pintura, Serrano se ve en la obligación de recordar su importancia en la historia del arte; importancia que va más allá de su primitiva función decorativa, así como también la de señalar la impresionante variedad de representaciones que, basándose en la sencilla disposición y representación de las frutas, ha logrado escapar de su estricto margen mural desde su implantación en el siglo XVII en tierras americanas, para invadir con una voracidad y una creatividad envidiable otros campos, como son los artesonados de los techos, los altares, retablos y pulpitos de las iglesias, los marcos de los cuadros, los muebles de las casas y un largo etcétera. Por lo tanto, se advierten desde un primer momento la movilidad y la imaginación de nuestros artistas de la colonia que, sin lugar a dudas, dejan atrás, en lo que a Colombia se refiere, en cuanto a proliferación, calidad y perdurabilidad, a cualquier otro género pictórico.

No podemos caer en la simplificación, como en algunos momentos el autor lo plantea, de considerar al sencillito hecho de incluir frutas del Nuevo Mundo en las